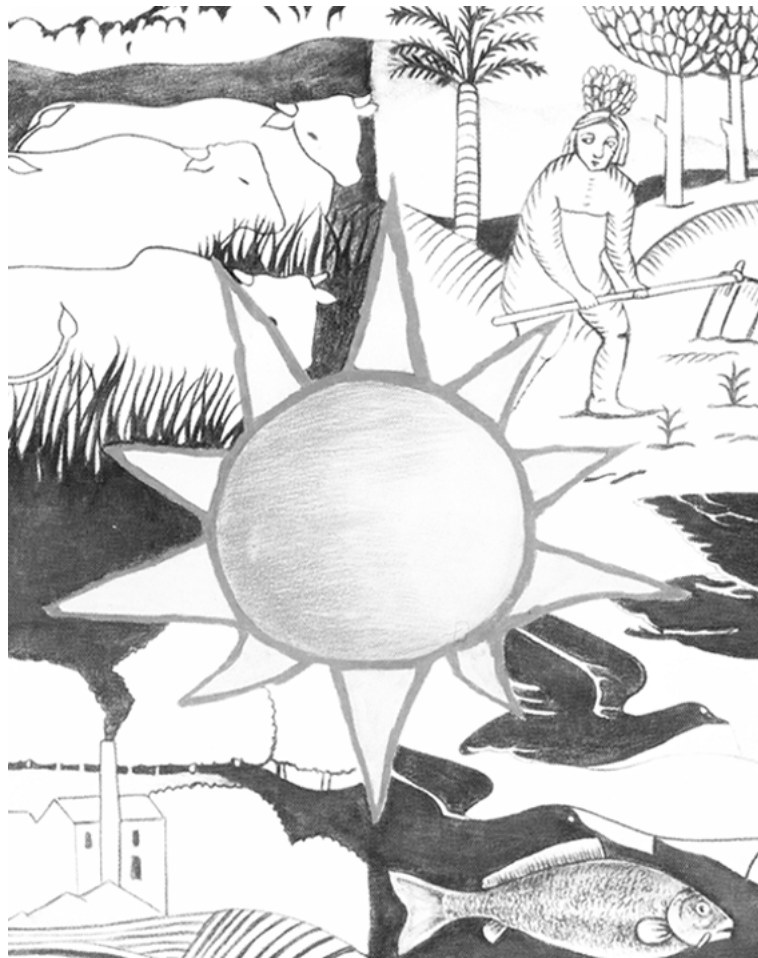


CON LA SEXTA EXPEDICIÓN NACIONAL A LA ANTÁRTIDA CHILENA

With the sixth national expedition to Chilean Antarctica

Francisco Behn Kuhn





FRANCISCO BEHN EN LA ANTÁRTIDA DURANTE LA SEXTA EXPEDICIÓN, 1952.

Francisco Behn in Antarctica during the sixth expedition, 1952.

Desde 1947 nuestras Fuerzas Armadas envían regularmente todos los veranos una expedición hacia el territorio antártico. Su objeto principal es el relevo del personal de nuestras bases. Al mismo tiempo, se aprovechan estos viajes para trabajos de exploración topográfica, especialmente hidrográfica y estudios científicos de diversa índole, según la especialidad de los hombres de ciencia que integran la expedición.

A comienzos del presente año (1952) tuvimos el honor de formar parte de la Sexta Expedición en representación de la Universidad de Concepción y a invitación del Supremo Gobierno. Era ya la segunda vez que salíamos hacia aquellas lejanas e inhóspitas regiones con el objeto de recolectar material científico y documentación fotográfica, lo más amplia posible.

A fin de no incurrir en repeticiones inútiles, deseamos señalar hoy sólo muy de paso algunas generalidades de la tan peculiar e interesantísima región visitada, para luego ocuparnos más bien de problemas a los cuales no nos hemos referido anteriormente con la detención que su importancia merece.

Desde luego, la región polar sur, a diferencia de lo que ocurre en la del norte, está formada por un gran continente cuyas cumbres alcanzan a elevarse hasta los tres y cuatro mil metros sobre el nivel del mar. La mayor parte de este continente está cubierta de enormes masas de hielo, que en forma de glaciares gigantescos descienden a los océanos vecinos. Se acostumbra dividir la región antártica en cuatro sectores o cuadrantes: el americano, el africano, el australiano y el Pacífico, de acuerdo con los continentes o con

el gran océano con el cual se enfrentan. A nosotros nos interesa sobre todo el sector americano, el cual, tiene una serie de particularidades que lo distinguen de los demás. Desde luego, se implantan en él una gigantesca península, cuyos 1.300 kilómetros de largo equivalen a la distancia existente entre La Serena y Puerto Montt y que constituye una especie de tentáculo con el cual el continente blanco logra salir en forma bien sensible del círculo polar. Además existen en este sector una serie de islas rocosas que en verano reducen su blanca vestimenta y permiten el desarrollo de vida vegetal y animal en áreas despejadas, mucho más extensas que en regiones vecinas.

Se acerca esta larga península, conocida con los nombres de Tierra de O'Higgins, de Graham o de Palmer, hasta a unos 900 km del Cabo de Hornos, quedando entre ambos el famoso Estrecho de Drake, el cual tiene por consiguiente una extensión equivalente, más o menos, a la distancia, en línea recta, entre Santiago y Puerto Montt. A ambos lados de la península quedan los mares de Wedell, continuación del Océano Atlántico y de Bellingshausen, continuación del Pacífico. Tanto la Tierra de O'Higgins, como las numerosas islas vecinas, están formadas por tierras rocosas, en gran parte de origen volcánico, sometidas a condiciones climáticas rudas, especialmente en invierno. Bajas temperaturas, viento y grandes precipitaciones se combinan para dificultar el desarrollo de la vida, o por lo menos para obligarlo a adaptarse a condiciones muy excepcionales. En invierno estos factores, junto con la disminución considerable de la luz del día y la congelación de los mares vecinos, impiden casi por completo toda manifestación de vida y queda sólo el hombre montando guardia en lo que cree pertenecerle.

Efectivamente, el sector sudamericano se lo disputan Inglaterra, como dependencia de sus Islas Malvinas; Argentina, que afirma que

Este artículo fue originalmente publicado en la Revista Atenea (N° 327-328, 1952) y aquí es reproducido con la autorización del editor de la mencionada revista, a quién agradecemos su gentileza.

casi todo ese sector es de ella por encontrarse en lo que dicho país acostumbra llamar Atlántico Sur, y, Chile, que, por múltiples motivos, prolonga su costa del Pacífico hasta donde la esconden los hielos eternos y luego la estira hasta el mismo Polo Sur, afirmando que todo lo comprendido entre los meridianos 53 y 90 es territorio nacional. Cada país tiene en realidad una serie de razones, unas más, otras menos fundamentadas, para defender su derecho de dominio. Un congreso internacional tendrá algún día que resolver este problema jurídico, sobre el cual, como legos, no nos corresponde emitir opinión alguna.

Muchas veces se nos pregunta qué valor tienen, en realidad, para nosotros los territorios antárticos, esas grandes fábricas y hielo tan lejos de todo consumidor. Actualmente es verdad indudable que no nos sirven de nada, pero es también verdad no menos indiscutible que no podemos saber, si algún día, para algo serán de valor esas enormes masas de agua congelada o esas zonas del globo irradiadas por el sol con un horario tan peculiar, o esos puntos, tal vez muy estratégicos, para el tráfico aéreo en el futuro. Y todo esto, sin siquiera tocar el punto que está más a mano y que se refiere a la explotación de yacimientos minerales y de carbón, encontrados ya en otros sectores y que bien pueden extenderse igualmente al Sudamericano. Es indiscutible que hay que conservar estos inmensos territorios, tan grandes como todo Chile continental, para nuestros hijos y nietos, o quizás bis y tataranietos. También la Patagonia parecía un tiempo despreciable y la perdimos ante todo por falta de interés; cuando todavía nada se sabía de lo que es el petróleo, ni se comprendía en forma práctica la modestia y el gran valor del ganado lanar. La historia y la experiencia nos han enseñado y no debemos olvidar jamás preceptos de esta valiosa escuela.

Antiguamente se apreciaba los grandes cetáceos y pinipedios que en enormes cantidades poblaban los mares y las costas del sexto continente. Pero con tanto afán se les ha ido persiguiendo en aquellas regiones que ya no parece estar muy lejos el día de su extinción completa. En nuestro viaje anterior todavía veíamos una que otra ballena; en este último una sola cruzó nuestro camino. Y esto resalta aún más, si recordamos que en 1947 los integrantes de la primera expedición antártica chilena, encontraron más de 30 en un solo día, únicamente en la bahía de Soberanía de la isla Greenwich. Aún las diferentes especies de focas van en rápido retroceso. Todavía se logra juntar los ejemplares necesarios para las diferentes bases; pero ya en algunas, como por ejemplo, en la inglesa de Decepción, el problema no es fácil, y hay que suplir de vez en cuando la alimentación de los perros con charqui. En ninguna parte vemos hoy día esas playas prácticamente pavimentadas con un sinnúmero de pinipedios, que con tanto asombro describen los primeros exploradores del blanco continente y que aún les impedían desembarcar.

Hoy por hoy, sólo para los ingleses la Antártida sudamericana sigue teniendo un valor real y bien positivo y lo tiene, cosa curiosa para sus colonias de Sudáfrica. ¿Cómo es esto?, preguntará seguramente el lector atento. Muy sencillo, las bases inglesas son prácticamente sólo estaciones meteorológicas y ellas, junto con las de las Islas Malvinas y las de Georgia del Sur, permiten hacer un pronóstico muy exacto y a plazo más o menos largo del tiempo en Sudáfrica. Pronósticos valiosísimos para agricultores, aviadores, etc.

También las bases nuestras y las argentinas son aprovechadas como estaciones meteorológicas, pero desgraciadamente para la predicción del tiempo en Sudamérica son de poca importancia. Las depresiones

atmosféricas que alcanzan nuestras costas vienen desplazándose desde el Océano Pacífico y sería para nosotros mucho más útil tener estaciones mar afuera, a unas quinientas millas al sur de las Islas Juan Fernández. Tan importantes serían estas, que aún se ha intentado instalar en aquellas aguas desprovistas por completo de islotes, una base flotante. Sólo su elevado costo sigue actualmente exigiendo la postergación de su creación.

Pero volvamos a nuestras bases antárticas. Su papel principal es en realidad mantener nuestros legítimos derechos sobre aquellos lejanos territorios. Desempeñan, así, el mismo papel que les corresponden también a las bases inglesas y argentinas para con sus respectivas naciones.

Los ingleses mantienen actualmente cuatro bases, ubicadas en la Isla Decepción, en Bahía Hope (en el extremo norte de la Tierra de O'Higgins), en puerto Lockroy (en la Isla Wiemcke) y en el grupo de islotes conocidos con el nombre de Islas Argentinas. Cada base está tripulada por tres a cinco hombres que se relevan cada dos años. Se trata, en general, de civiles, hombres de ciencia, casi todos meteorólogos, al mando de un oficial de la marina de guerra. Viven con un mínimo de comodidades personales, no tienen personal subalterno, no llevan mozos ni cocineros; todo trabajo, incluso el doméstico, tiene que ser realizado por ellos mismos. Sus sueldos son muy bajos en comparación con los nuestros, ganan en libras esterlinas un valor correspondiente a más o menos \$10.000 pesos chilenos mensuales. Es ante todo el entusiasmo por la ciencia que los lleva a permanecer en aquellos apartados rincones del mundo. Su instrumental meteorológico, en cambio, es realmente magnífico; están equipados con lo más moderno que hay en la materia. En Puerto Lockroy hemos visto, además, una instalación especial de radar para

calcular la altura variable de la ionósfera. Es ésta la capa donde se reflejan las ondas de radio, su altura está en íntima relación con la longitud de onda óptima para la transmisión en un determinado momento. Por lo demás, todos los ingleses, con quienes hemos tenido ocasión de encontrarnos, eran gente sumamente amable y cariñosa. No hablan, por su puesto, una sola palabra de castellano, a no ser que el «chilean wine» que les agrada mucho, les logre soltar un poco la lengua. Con los miembros de la base de Decepción tuvimos ocasión de estar más de una semana. Con ellos, que son todos espléndidos alpinistas, hemos atravesado la Isla en múltiples direcciones, cruzando sus agrietados ventisqueros y escalando sus caprichosas cumbres volcánicas que todavía a comienzos del siglo pasado se encontraban en plena actividad. Mucho de nuestro material científico lo hemos conseguido durante estas excursiones y gracias a la gentil colaboración de estos hombres tan entusiastas.

Los argentinos tienen a la fecha en la Antártida sudamericana cinco bases: una en Bahía Hope, otra en Decepción, a pocos kilómetros de la inglesa; otra en el Archipiélago Melchor, otra en Bahía Paraíso, en la costa occidental de la Tierra de O'Higgins; y, otra en Bahía Margarita, siendo ésta la única base actualmente ocupada que en toda la Antártida sudamericana se encuentra al Sur del Círculo Polar. El personal de las bases argentinas, con excepción del de la base Margarita, que sólo es alcanzable por vía marítima en el mes de marzo, se releva dos veces al año. Es mucho más numeroso que en las bases inglesas y chilenas. En la de Decepción había este verano más de 30 hombres. Los argentinos están, en general, muy bien instalados, tienen muchas comodidades y aún cierto lujo. Desde una magnífica calefacción hasta un cine sonoro; no les falta nada. También sus instalaciones técnicas parecen ser de primer orden.

Desgraciadamente los amigos del otro lado de la cordillera son un tanto reservados y por ello no tuvimos ocasión de ver todo lo que nos habría interesado. Supimos que piensan organizar desde Bahía Margarita una expedición al mismo Polo Sur. Indudablemente es una empresa de gran envergadura, por cuanto de ahí al polo hay dos mil cuatrocientos kilómetros de distancia y el camino que hacia allá conduce es de difícil acceso y en gran parte desconocido. Muy rápidamente habrá que realizar el viaje, si es que no se desea ser sorprendido por la larga noche polar, que multiplica al infinito los ya serios rigores del clima.

Chile mantiene actualmente en la Antártida tres bases: una en la Isla Greenwich, de las Shetland del Sur, dotada con personal de la Armada Nacional, es la base Arturo Prat; otra, en el extremo norte de la Tierra de O'Higgins, cerca de aquellas que ingleses y argentinos mantienen en Bahía Hope, es la base «O'Higgins», dotada con personal del Ejército, y, la tercera, en la costa occidental de esta misma Tierra de O'Higgins, a orillas de la Bahía Paraíso y a sólo unos cinco kilómetros de la base argentina, es la base «Gabriel González Videla» construida solo en el verano de 1951 y dotada con personal de nuestra Fuerza Aérea. La tripulación de cada base está formada por dos o tres oficiales y tres miembros del personal subalterno, que actúa como practicante, radio-operador y cocinero. En la base «González Videla» hay, además, un médico. Todas las bases están más o menos bien dotadas y ofrecen bastantes comodidades, sin que, en ningún caso, pueda hablarse de lujo. Todas ellas tienen un living comedor bastante amplio, una cocina, una despensa y un baño. Las bases «O'Higgins» y «González Videla», tienen, además, varios dormitorios para una o dos personas. Sólo en la base «Prat», que es la primera que ha sido construida (ya en 1947), encontramos una

especie de nichos que albergan las camas en el mismo living-comedor. Además, todas las bases tienen sus bodegas anexas y una carpintería y, cerca de ellas, se encuentra un refugio de emergencia, dotado de lo más indispensable, con el fin de que pueda servir como albergue provisorio en caso de incendio. Es precisamente el incendio el peligro más serio con el cual pueda encontrarse cara a cara el morador de las regiones antárticas.

Ninguna medida de precaución puede ser demasiado exagerada para prevenirlo. El incendio es el peor desastre que puede sufrir el personal de una base antártica. Y por desgracia es relativamente fácil que se produzca. Los sistemas de calefacción, la cocina, los motores y las numerosas instalaciones eléctricas fácilmente pueden construir su punto de partida. Las grandes reservas de material inflamable y el viento de huracanado, que con frecuencia sopla, transforma rápidamente en hoguera indomable cualquier comienzo de incendio, que por sólo unos instantes, pase inadvertido. Hace algunos años se quemó la base inglesa Hope y su personal tuvo que recorrer en pleno invierno centenares de kilómetros en trineo para lograr alcanzar los refugios de sus compatriotas. El año pasado, no más, ha sufrido la misma desgracia la base argentina de Bahía Paraíso.

Fueron nuestros hombres de la Fuerza Aérea, que afortunadamente se encontraban cerca, los que lograron acudir a tiempo para salvar la tripulación de la precaria situación en que repentinamente se encontraban. Poco tiempo después se presentó la ocasión para que los argentinos nos devolvieran la mano.

Uno de nuestros hombres de la misma base auxiliadora, precisamente el practicante, enfermó gravemente y fueron, entonces, ellos los que, trasladándolo al continente con el primer relevo que les llegaba, nos ayudaron en otra desgracia no menos seria, aunque, por suerte, menos frecuente. Así, los mismos problemas y las mismas luchas con el enemigo común, la crudeza del ambiente, felizmente

borran en los hombres que tienen que montar guardia en aquellas regiones lejanas, las funestas rivalidades que tan fácilmente, como la hoguera en una base, pueden suscitar las ambiciones humanas.

La vida en las bases de la Antártida podría definirse en breves palabras como una vida de campaña agradable. Pasar en ellas un año completo no es en realidad un sacrificio excesivo, sobre todo, si se está rodeado de buenos compañeros. Trabajos de rutina y entrenamiento no faltan en ningún momento, y la vida activa que hay que llevar hace transcurrir con rapidez las semanas y los meses. Varias veces al día hay que practicar las observaciones meteorológicas de rigor y hay que transmitir por radio su resultado. Luego viene la atención de los motores que, generando la corriente eléctrica, constituyen el verdadero corazón de la base. Siempre tiene que estar funcionando por lo menos uno.

Tanto atención como ellos, requieren los perros. Se les tiene amarrados a plena intemperie a lo largo de un gran cable de acero. Se trata de grandes perros esquimales, de largo pelaje café grisáceo, más o menos claro. Son muy mansos y cariñosos con el hombre, aún algo tímidos, si se quiere, hasta que le toman confianza al recién llegado. Pero entre sí son sumamente peleadores mientras nada tengan que hacer. Si se les dejara sueltos se matarían unos a otros. En cambio, si se les pone en su puesto entre las riendas de un trineo, cambian completamente su temperamento. Su único afán es entonces tirar y tirar fuerte, siguiendo al animal que los guía. Son en realidad como niños: llenos de entusiasmo cuando se les ocupa en debida forma y ahítos de crueles instintos cuando pasan de ociosos. A cualquier pingüino que cruce su camino lo matan sin compasión en pocos momentos; no para comérselos, sino que por el gusto de matar. Una vez muerto uno, siguen con otro y así pueden aniquilar varias docenas en pocos

momentos. Se alimentan exclusivamente de carne de foca, de la cual hay que darles un buen trozo diariamente. Duermen a plena intemperie, aun en invierno y en medio de fuertísimos temporales. Se enrollan entonces exponiendo el lomo al viento y se dejan cubrir quitamente por la nieve que va cayendo y que luego les sirve de magnífico manto aislador. Sólo frente a las narices el aliento tibio va dejando una especie de túnel que sale a la superficie. Nunca estos perros ladran, pero sí acostumbran a aullar a una determinada hora del día. Generalmente es uno el que comienza y luego le siguen los demás, entonando un melancólico concierto. Al cabo de unos cuantos minutos, el recital termina bruscamente, como si todos los actores se hubieran puesto de acuerdo o como si un dirigente oculto los hiciera callar en un mismo instante, dando con su batuta la señal de alto. Muy bien se han reproducido estos perros en nuestras bases, de manera que los ejemplares mantenidos en «O'Higgins» y «Prat» suman ya varias decenas. A «González Videla» no se les ha llevado por no existir allá, debido a las condiciones del terreno, ninguna posibilidad de emplear trineos. Sería además criminal llevarlos a aquella base, levantada en el centro de una gran maternidad de pingüinos; en pocos días no dejarían con vida uno solo de estos tan simpáticos caballeros del blanco continente.

Pero volvamos a los quehaceres de nuestras bases. Atender las necesidades de la cocina, del baño, de los motores, de las estufas y de los perros, requiere una serie de «faenas» como en términos náuticos llaman nuestros soldados de la Antártida. Hay que entrar el carbón a la cocina y a las estufas. Es la «faena del carbón». Pudiera creerse que esto fuese algo muy sencillo. Pero no es así, el carbón ha sido desembarcado en sacos y ya en otoño comienzan a soldarse firmemente unos con otros al congelarse la humedad que ha caído

entre ellos. Hay que desprenderlos a chuzazo limpio y enseguida cargar al hombro y, no raras veces, llevarlos a su destino en medio de una ventisca enceguedora. La «faena del petróleo» es más o menos igual. También los tambores están soldados con otros y con el suelo. Después viene la «faena del hielo». Hay que recordar que durante la mayor parte del año no existe el agua dulce al estado de tal en la Antártida, ni mucho menos se encuentra allí un flamante servicio de agua potable y alcantarillado. Hay que fabricar el agua trayendo grandes trozos de hielo para derretirlo en un tambor de la cocina y de ahí bombear el agua obtenida a un estanque que surte el baño, etc. Indudablemente, la «faena del hielo» es una faena ruda y demorosa. A los ingleses, que no tienen personal subalterno para tales labores, se les ha ocurrido en una base una cosa muy práctica, muy digna de ser imitada. Lisa y llanamente han cambiado el techo de su cocina por un formidable embudo que desemboca en un tambor. San Isidro llena el embudo de nieve, sin que por ello se le pague un cinco, ni siquiera reclama asignación de zona. El calor de la cocina derrite la nieve y así se tiene en plena Antártida una fuente automática de agua potable, de calidad envidiable, ni turbia, ni clorada, ni poblada de microbios.

Con las faenas que hemos enumerado, hay ya bastante «pega» en una base. Pero con esto todavía no ha terminado el trabajo de rutina. Hay que hacer el aseo diario y las camas, hay que destapar periódicamente el alcantarillado, congelado, con agua caliente, hay que lavar la ropa y hay que zurcir los calcetines. Sobre todo lo último hay que aprenderlo con paciencia y quita al novicio una enormidad de tiempo. Muchos no lo aprenden nunca y quedan para siempre en el nivel de los que zurcen con parches de tela emplástica. Pero hay también otros que se vuelven verdaderos artistas en reparar orificios sobre el lomo de una grande y frágil ampollita de alumbrado. Los más

inteligentes son indudablemente aquellos que ponen el parche antes de la herida de la cual ya saben dónde se va a producir. Hemos conocido un amigo capitán, muy sumamente soltero, que aun volviendo a la civilización sigue usando el sistema antártico.

Si, por otra parte, el tiempo está bueno, hay que salir a cazar focas para los perros, a hacer exploraciones y levantamientos geográficos y a traer alimento de la región que bien sirve como luego lo veremos, para enriquecer el menú del día.

A quienes les sigue sobrando el tiempo les queda siempre una serie de entrenamientos. En todas las bases hay bibliotecas con libros para diferentes gustos. Hay uno o más radios que permiten escuchar música y programas radiales. Los «radiómanos» pueden comunicarse con medio mundo. Basta que salga al espacio una voz que afirma salir de la Antártida para que docenas de aficionados se lancen sobre ella. Otros tipos de «chiflados» pueden dedicarse a la recolección de material científico; botánico, zoológico y geológico, según el tipo de su «chifladura». También la pesca, aun en pleno invierno, practicada a través de un orificio abierto con un chuzo en el mar superficialmente congelado, y la caza de patos cormoranes y de otras aves, sabrosas al paladar, proporciona emoción al enamorado de la caza y de la pesca. Así todos encuentran algo que hacer y hay quienes se encariñan tanto con su base, con sus perros o con el ambiente que con cierta pena dejan al cabo de un año la tierra que los ha hospedado.

Un punto que no puede pasarse por alto, y que a todo el mundo seguramente le interesa, es el de la alimentación. Indudablemente la alimentación en las bases antárticas es a la larga algo monótona, sobre todo, si no se tiene la suerte de contar con un buen cocinero. Ya en la vida diaria, el cocinero es persona de valor indiscutible; en una casa antártica es el eje del bienestar. Un cocinero de pocas ideas

va cayendo rápidamente en una rutina tal que todos los días sirve lo mismo y si más encima resulta porfiado y no acepta sugerencias, es capaz de hacer reventar hasta al más fuerte.

Recién relevado, el personal de una base antártica está bien dotado de verduras, frutas y carnes frescas que tal cual, se conservan bien por las bajas temperaturas del ambiente. También se acostumbra llevar gallinas y ovejas vivas que soportan muy satisfactoriamente el clima. En la última expedición hasta se ha hecho la prueba con algunos chanchitos y una vaca preñada. Pero a los pocos meses el alimento fresco se agota y sólo quedan las conservas y más conservas. Muy luego comienzan a hostigar y es entonces cuando se pone a prueba el saber y el empeño de un buen cocinero. Cuando empiezan a producirse síntomas de avitaminosis, generalmente se trata de molestias en la boca, hay que agregar preparados vitamínicos. Se usan los corrientes del comercio, administrables por la boca.

Mucho puede mejorarse la alimentación aprovechando los productos de la región. Así, por ejemplo, la carne de foca, extraída inmediatamente después de muerto el animal y sin que haya tenido ocasión de impregnarse de grasa, es excelente. La hemos probado varias veces, es como carne de vacuno algo oscura y bien blanda. El «pato cormorán» también es exquisito y los huevos de pingüinos son perfectamente comestibles. Los pescados son de primera calidad, se les encuentra durante todo el año; los hemos probado fritos y pueden entonces competir sin dificultad alguna, con el mejor de los congrios. En los alrededores de la base «González Videla» aún hay erizos; son más chicos que los nuestros, pero su sabor es igual. Menos apetecibles, por lo menos para muchos, son las lapas antárticas que abundan en todas partes, y una especie de cochayuyo, cuyas hojas gruesas alcanzan muchos metros de largo. Un alimento excelente lo constituyen también los pequeños

camaroncitos del género *Euphausia* que en cardúmenes de miles de millones de ejemplares cruzan los mares antárticos formando la base de la alimentación de las ballenas, focas, cangrejas, pingüinos, gaviotines, etc., y que preparados en forma de caldillo o de pastel son capaces de despertar un apetito pantagruélico hasta al más exigente.

Como se ve, hay muchos productos de la región, muchos muy ricos en vitaminas, capaces de dar infinitas variaciones al menú, siempre que se disponga de un cocinero que sepa aprovecharlos. Una infinidad de cosas interesantes se podría seguir narrando de la vida en las bases antárticas, por ejemplo, de la tradicional barba antártica; de las decoraciones murales artísticas, a veces capaces de suplir cualquier calefacción ordinaria; de la falta casi absoluta de enfermedades; de los problemas psíquicos que pudiera suscitar el aislamiento, etc., etc., pero sería sobrepasar el margen de esta simple comunicación. Sólo al frío es necesario dedicar algunas líneas, por cuanto para la generalidad de los que no conocen personalmente la Antártida es prácticamente sinónimo de ella. Indudablemente, reinan en el ambiente temperaturas relativamente bajas, pero, muy distinta es la sensación de frío que pueda percibirse. Desde luego, hay que hacer resaltar que el aire antártico es en todo el año sumamente seco y, por lo tanto, su baja temperatura es mucho más tolerable que la que, por ejemplo, se observa en invierno en Concepción. Aquí la sensación de frío se debe, ante todo, a la acentuada humedad. Por lo demás, las bajas temperaturas del invierno son bastante diferentes de las del verano. En esta estación, en la región de nuestras bases, existe día y noche una temperatura que prácticamente no baja de uno o dos grados centígrados sobre cero. Hasta temperaturas de seis a ocho grados sobre cero hemos tenido en la sombra. Al sol la temperatura sube, por supuesto, mucho más, sobre todo si la suerte

depara tantos días de sol y de calma seguidos, como los hemos tenido durante la sexta expedición. Entonces las piedras, descubiertas de nieve y de hielo, alcanzan a entibiarse en tal forma, que no es ningún problema caminar por ellas a pie descalzo. En repetidas ocasiones lo hemos hecho para extraer algún material interesante del agua. Esta última sí que permanece fría; su temperatura se mantiene más o menos constante en los cero grados centígrados. Tan diferentes es, en realidad, el clima antártico de lo que espera el que por primera vez llega a aquellas regiones, que al salir a tierra se abriga tanto que a los pocos pasos comienza a transpirar y lo hace copiosamente, si, por ejemplo, en un día de sol, se le acurre escalar un pequeño cerro o practicar un poco de ski. Bien pronto las parcas y las chompas van formando monolitos a lo largo del camino y posteriormente casi siempre hemos excursionado en mangas de camisa, llevando sólo para un caso de emergencia, en nuestra mochila, una delgadísima blusa de tela impermeable.

Naturalmente, en invierno el asunto cambia; la disminución de la radiación solar y las largas noches hacen bajar la temperatura a unos 28 grados bajo cero como máximo. Pero subjetivamente temperaturas de 10 a 15 ó de 20 a 25 grados bajo cero casi no ofrecen diferencias. La sensación de frío es igual y como el aire es seco, el frío en ningún caso es tan desagradable como habitualmente se piensa. Por ejemplo, los ingleses de Decepción nos manifestaron que aun en pleno invierno dormían siempre sin calefacción y sin mayor inconveniente que el de tener que meterse y salirse rápidamente de la cama. Nada de extraño tiene, por lo demás, la buena tolerancia del aire frío y seco, si recordamos que, por ejemplo, en el interior de Siberia vive una gran población en regiones en que en invierno no son tan extraordinarias temperaturas de 50 a 60 grados bajo cero. Los alimentos se guardan del verano más o menos caluroso, bien

frigorizados y la leche, se nos ha informado de parte de una persona que ahí ha vivido varios años, se vende en invierno bien congelada en trozos y envasada en sacos.

Pero hay algo que radicalmente hace cambiar el problema del frío antártico y este algo es «el viento». No necesita la temperatura bajar de cero grado para que, cuando sopla viento, aparezca una sensación de frío penetrante. Desgraciadamente el viento es frecuente, es a menudo, muy fuerte y aparece más o menos bruscamente, características que le dan el carácter de enemigo número uno del hombre que viaja por aquellas regiones. El viento levanta la nieve y a medida que va aumentando su fuerza va aumentando también la altura a la cual la levanta; así se origina la famosa ventisca antártica, el terrible *blizzard*, que quitando toda visibilidad y dificultando la respiración, impide al explorador cualquier orientación. Cuando se levanta la ventisca no hay más que quedar en el refugio, o esperar en una carpa que el viento termine. Ha sido precisamente una de estas ventiscas excepcionalmente persistente la que le costó la vida a Scott y compañeros cuando regresaban del Polo Sur. Es ante todo, el viento el que transforma la Antártida en un lugar tan inhóspito. Sin embargo, no en todas partes sopla el viento tan sin misericordia; en Bahía Paraíso, dónde está la base «González Videla» es mucho menos intenso y menos frecuente. El verdadero anfiteatro de enormes montañas que la rodean, es, sin duda, el motivo del privilegio de aquella bahía que con tanta razón lleva su nombre. Tan privilegiado es el clima de aquel rincón, que en todo el invierno del año pasado jamás se produjo congelación completa de la bahía.

Finalmente, cabe dejar constancia de algunos hechos más interesantes inherentes a la Sexta Expedición Nacional, de la cual, como ya se ha expresado, tuvimos la gran dicha de formar parte. Estaba integrada por el

transporte «Angamos», viejo y experimentado buque antártico, que ya en 1947, logrando cruzar el círculo polar, ha alcanzado hasta Bahía Margarita. Lo acompañaban este año los no menos aclimatados patrulleros «Lientur» y «Leucotón». Son buquecitos pequeños, que en los agitados mares del sur, se balancean con una facilidad extraordinaria. Personalmente hemos viajado varias veces en ellos y hemos conocido lo que son balances de 25 grados hacia uno y otro lado. Pero en el famoso Estrecho de Drake, este año, tuvieron que oscilar hasta 50 grados hacia uno y otro lado. Entonces ya resulta más fácil caminar por las paredes que por el piso, si es que alguien se atreve a «caminar». Hay que moverse más bien como mono, el dormir resulta imposible y ni comida puede hacerse. Las ollas simplemente se arrancan del cocinero. Una travesía en tales condiciones agota hasta al más resistente al mareo.

El objeto principal de la expedición era, como todos los años, el relevo del personal de las bases. Es por eso, que los buques estaban, como de costumbre, repletos de representantes de nuestras Fuerzas Armadas. Algunos nos eran ya muy conocidos del viaje anterior, que hemos hecho en verano de 1950 y bien luego se agregaron a ellos muchos nuevos amigos del viaje actual. Todos son hombres seleccionados para su oficio. Su espléndida y entusiasta colaboración en la recolección de material científico, ha dejado en nosotros un sentimiento de gratitud imborrable. Cada uno en su puesto ha facilitado nuestra tarea, desde el Comodoro, que hacía adaptar el itinerario de las unidades de su flotilla a nuestros principales deseos, hasta el último hombre de la tripulación que, con su agilidad y fuerza física, nos ayudaba a acomodar nuestros tesoros científicos.

Entre todos estos amigos uniformados viajábamos sólo tres civiles: el jefe de la

Sección Antártida del Ministerio de Relaciones Exteriores, don Germán Carrasco Domínguez, el capellán de la expedición y gran experto fotógrafo, R. P. Edmundo Stockins y el que escribe estas líneas, en representación de la Universidad de Concepción, que por ser la más austral del mundo, está casi obligada a tener un gran interés en la exploración científica de nuestros territorios antárticos.

Compartíamos nuestro camarote con el Padre Edmundo. Un magnífico compañero de viaje, siempre de buen humor y muy sufrido para soportar las incomodidades y los «perfumes», no siempre muy gratos, del material que a menudo había que secar y embalar en este estrecho recinto. No le importaba lo complicado de nuestro orden, para no decir el fenomenal desorden, que muchas veces tiene que surgir entre los efectos personales en compensación al orden escrupulosísimo que hay que dedicar al material científico. Muy en broma denominaba nuestro camarote «el gabinete religioso-científico». Y era realmente así, por cuanto al lado del instrumental para descuerar aves y junto al jabón arsenial, se encontraban muy tranquilos los ornamentos litúrgicos y el vino de misa. Su gran afición a la fotografía, hizo que las malas lenguas afirmasen que este Padre «es un gran fotógrafo que en sus ratos de ocio se dedica al sacerdocio». Sin embargo, se me hace un grato deber dejar constancia en este mismo instante de la forma en que durante todo el viaje velaba, no sólo por las misas dominicales, sino que también por el cumplimiento de muchas otras ceremonias religiosas, con las cuales solemnizaba, por ejemplo, la entrega oficial de nuestras bases a la nueva dotación o con las que daba un brillo especial a pequeñas fiestas de índole particular. Justamente en los días en que visitábamos la base inglesa de Decepción se produjo el fallecimiento del Rey de Gran Bretaña e inmediatamente el Padre Edmundo ofició una

Misa de Réquiem, en la cual hizo el elogio fúnebre del extinto, hablándoles a los súbditos británicos en su propio idioma.

Tal como en otros años, el recorrido de la sexta expedición ha sido a grandes rasgos el mismo que el de las anteriores. Partiendo de Punta Arenas la flotilla ha seguido navegando por los preciosos y tranquilos canales fueguinos y en cuanto el tiempo se lo permitió atravesó el Estrecho de Drake, para luego fondear en Bahía Soberanía de la Isla Greenwich, de las Shetland del Sur. Desde esta bahía, en la cual queda la base «Arturo Prat» se hizo por medio de los patrulleros el reabastecimiento de las otras bases y el relevo de su personal. Terminado el trabajo de rutina, se aprovechó, como de costumbre, el tiempo disponible para reponer el agua potable gastada por las naves y para practicar, en seguida, nuevos levantamientos hidrográficos.

El abastecimiento de un buque con agua potable es en la Antártica un problema más o menos serio y es por eso que se hace durante todo el viaje un racionamiento lo más estricto posible. El agua a bordo sólo corría desde las 8 hasta las 8.10, tanto en la mañana como en la tarde y había que estar muy listo para poderla aprovechar en debida forma. Sólo dos veces, en dos meses, hemos tenido toda una tarde con agua, para poder lavar lo más necesario de nuestra ropa.

El único punto donde puede hacerse agua en la Antártida sudamericana es en la Isla Decepción, donde entre las ruinas de una antigua estación ballenera noruega se encuentran algunos pozos de agua dulce, alimentados por nieves derretidas que se filtran a través de las arenas volcánicas. Hacia estos pozos se extienden desde los mismos buques, que pueden anclar muy cerca de la costa, grandes mangueras de lona, a través de las cuales se embarca el agua por medio de una pequeña bomba a gasolina. Naturalmente esto sólo puede hacerse en verano, por cuanto ya

a fines de marzo los pozos se congelan completamente. En febrero nos fue posible extraer de uno de ellos más o menos seis toneladas por hora.

El tiempo que demoran los buques en aprovisionarse de este líquido tan indispensable, lo hemos aprovechado para recorrer esta interesantísima isla. Tiene ella la forma de una gran herradura, de unos 14 a 16 kilómetros de diámetro. Su centro está constituido por una bahía de unos 6 a 7 kilómetros de diámetro y corresponde a un antiguo cráter volcánico hundido. La entrada a esta bahía es muy angosta, su parte navegable no mide más de unos 80 metros y fácilmente puede ser bloqueada por un témpano. Si esto se produce encontrándose algún buque en el interior, queda como aprisionado en una trampa. En toda la isla encontramos típicas secuelas de actividad volcánica, relativamente recientes. A comienzos del siglo pasado todavía había pequeños cráteres secundarios en actividad; hoy día, los restos del calor volcánico se manifiestan sólo en forma de fuentes termales, localizadas a la altura de las mareas y que durante las horas de baja mar, se notan a distancia, como fumarolas. Sumamente interesantes son las grandes rocas de tufos volcánicos, que por los fenómenos de erosión por el viento y el agua, especialmente del oleaje del mar, han adquirido formas de lo más extravagantes. Muy cerca de la entrada se encuentran los famosos fuelles de Neptuno, que son cavernas que, al llenarse de agua por las olas que entran en su fondo, exprimen a ras de ésta un chorro de aire, cuyo rugido se siente en días de temporal en forma impresionante. Las irregularidades de estas rocas volcánicas, que en algunos puntos emergen verticalmente del agua hasta unos 80 y más metros de altura, constituyen el sitio predilecto de nidificación de varias aves. Sobre todo, la paloma del Cabo o tablero de damas,

como también se le denomina por su característico plumaje blanco y negro, construye en tales sitios inaccesibles sus rudimentarios nidos. Pequeñas playas de arenas volcánicas negruzcas, enclavadas entre las rocas, sirven de lugares de salida para una gran población de pingüinos. En la costa oriental de la isla, en medio de un lomaje suave de arenas volcánicas que formaba un enorme anfiteatro con desembocadura hacia el mar, vimos una colonia de cientos de miles de pingüinos. Casi todos eran de barbijo (*Pygoscelis antarctica*), que en la época en que llegamos tenían sus polluelos ya casi tan grandes como ellos mismos. Sólo en un rincón de este anfiteatro había también un pequeño grupo de los preciosos pingüinos macaroni, que adornan su plumaje blanco y negro con un precioso penacho de color amarillo oro. Cuando por última vez visitamos este lugar, ya a mediados de marzo, todos los polluelos habían desaparecido, quedaban sólo los adultos sentados con el lomo dirigido hacia el viento, quietos sin emitir un solo grito. Estaban pelechando y mientras dura esto, no se mueven, ni salen al mar. Era un contraste formidable el de este silencio sepulcral de tantísimas aves que parecen como gravemente enfermas, con el movimiento y la chillona gritería que se observa mientras los adultos están preocupados de la crianza de sus polluelos. Entonces se ve una interminable caravana de individuos que llegan de la playa con su estómago repleto de camaroncitos para sus polluelos y otra caravana, no menos tupida que descende, para ir en busca de nuevas provisiones. Muy original es la manera como el pingüino alimenta a su cría. Al acercarse al polluelo, éste con la punta del pico comienza a rascar el cuello de sus padres, emitiendo un ruido como el de un pollito muy hambriento. Luego el adulto sufre una especie de arcada y abre su pico, en el cual introduce el polluelo toda su cabeza para succionar rápidamente el

bocado que alcanza a pescar. Apenas retirada la cabeza de las fauces del padre o de la madre, la ceremonia comienza de nuevo, un nuevo rasquido del cuello, una nueva arcada y una nueva aprovechada; y esto sigue hasta que el adulto se aburre y prácticamente tiene que arrancarse, volviendo al mar.

Merodeando las colonias de pingüinos, se encuentra a la gran gaviota salteadora, que en cada instante no hace más que esperar el momento preciso para robarse un polluelo de pingüino y satisfacer con él el hambre propia y el de sus hijos. Son estos salteadores sumamente audaces y hasta al hombre que llega a las cercanías de sus nidos lo trata de atacar ejecutando vuelos rasantes, pasando con rapidez extraordinaria, a pocos centímetros por encima de la cabeza. El que es víctima, por primera vez, de un ataque de esta naturaleza, es lógico que se lleve un buen susto. No es, en realidad, ninguna gracia sentir la pasada a pocos centímetros por encima del cabello de un animal negro, que tiene una envergadura de hasta 1.50 m y cuyo pico, ganchudo y firme, puede dejar recuerdos muy dolorosos, si el animal yerra un poco en sus cálculos y choca con la cabeza del pobre cristiano.

Muchísimo se podría seguir narrando de otras aves, de sus costumbres, de sus características, de sus polluelos, etc., etc. Sólo deseamos citar en esta ocasión, al precioso gaviotín de color gris perla, cabeza negra y pico rojo; a la paloma antártica, que hace el papel de policía de aseo; a la fardela gigante, que como representante mayor de su familia alcanza a tener una envergadura de más de dos metros y a la grácil golondrina de mar o petrel de Wilson, que son las aves que, fuera de las ya mencionadas, pueblan en mayor número la Isla Decepción.

Mientras nosotros recorriamos la isla en busca de material científico y los buques «hacían agua», la tripulación organizaba fiestas

deportivas. Sobre todo los partidos de fútbol gozaban de gran popularidad. Cuenta Decepción con una cancha apta para practicar este deporte; está un tanto descuidada, pero bastaba recorrer sus demarcaciones para dejarla en condiciones satisfactorias. Corresponde ella a un extremo de la antigua pista de aterrizaje que hace años había usado Sir Hubert Wilkins como punto de partida de sus vuelos de exploración. En esta pista ahora jugamos, no sólo partidos internos, sino también «grandes campeonatos internacionales» con equipos ingleses y argentinos, saliendo de todos ellos titulados campeones de fútbol antártico.

Finalizamos las labores de la Sexta Expedición con una gira más o menos rápida por el archipiélago denominado «Islas Argentinas». A pesar de estar ya acostumbrados a ver extraordinarias bellezas antárticas, lo que pudimos observar en esta gira ha sobrepasado hasta las esperanzas más audaces. Salimos una madrugada del puertecito de Lockroy. Era un día de calma completa; el agua parecía un espejo en el cual se reflejaba hasta el último detalle de las enormes montañas, que en forma de paredones verticales, se elevan a unos 1.500 metros de altura, perdiéndose los últimos picachos en una fina capa de nubes. Pasamos primero por el muy angosto canal Peltier, atravesamos luego el Estrecho de Gerlack, para entrar, en seguida en el Canal de Lemaire. Este último es un canal impresionante. Recorrerlo en un día de calma absoluta da una sensación sencillamente indescriptible, parece que se viviera un cuento de hadas. Es más o menos recto y mide varios kilómetros de largo, teniendo tan sólo unos 100 a 200 metros de ancho. A ambos lados se elevan paredes casi verticales de hasta más de 1,000 metros de altura. Los picachos y rendijas de estas gigantescas rocas están cubiertos de hielos eternos que, sobrepasando sus puntos de apoyo, amenazan caer en cualquier instante.

Témpanos navegan entre nosotros, su tamaño y sus formas, a menudo extravagantes, son muy variables. Hay algunos que parecen enormes castillos con una serie de torreones; otros semejan imágenes gigantescas de los famosos moais de la Isla de Pascua; otros trozos de un viaducto de la época romana; o bien portalones o modelos de túneles. Ofrecen cuanto matiz azul verdoso o violáceo pueda imaginarse. Algunos están tripulados por pingüinos que nos observan atentamente, otros por focas y por leopardos marinos, que estiran sus cuellos saludándonos como extraños visitantes. Y todo esto en medio de un silencio absoluto y con iluminación solar fría y atenuada misteriosamente por una capa de nubes que poco a poco se iban espesando. El Canal de Lemaire es indudablemente lo más precioso que vimos durante todo nuestro viaje. Saliendo de él, muy luego nos internamos entre numerosos islotes rocosos más o menos bajos y de superficies redondeadas y pulidas. Son las Islas Argentinas. Entre ellas, navegan junto a nosotros una infinidad de enormes témpanos, que muchas veces nos quitan la vista, como si anduviéramos entre las casas de una ciudad. Ahí mantienen los ingleses otra estación meteorológica. La visitamos sólo muy brevemente, pues un mal tiempo anunciado por nuestros expertos hacía muy aconsejable abandonar cuanto antes este no menos peligroso que bellísimo último rincón del mundo.

Volvimos a Soberanía y de ahí seguimos rápidamente a Cabo de Hornos y Punta Arenas, por cuanto ya nos encontrábamos en la segunda quincena de marzo, época en que el famoso Drake acostumbra a jugar con los temporales más violentos que se conocen en la superficie de nuestro planeta. Afortunadamente nos recibió bien y logramos llegar sin novedad al primer puerto de Chile continental: Punta Arenas. Aquí fue disuelta la flotilla. Pero, para nosotros el destino tenía todavía en su carpeta un verdadero broche de

oro de nuestro segundo viaje a la Antártica, que no puedo pasarlo por alto.

Gracias a la gentileza de nuestra Fuerza Aérea nos ha sido posible regresar directamente de Punta Arenas al aeródromo de Concepción, en sólo seis horas y media. Fue un vuelo inolvidable. En un día precioso vimos pasar bajo nuestros pies las extensas llanuras de la Patagonia, cruzamos la cordillera a la altura del Lago Pihueico, contemplando muy de cerca los enormes bosques de aquella región, el precioso casquete de glaciares que corona el Lanín, el resplandor de innumerables lagunitas y de grandes lagos y el humeante cráter del volcán Villarrica. Desde este último, ya en escasos 25 minutos corrían las ruedas de nuestro Douglas sobre la cancha de Hualpencillo. Gran parte de este vuelo lo hemos hecho en la cabina del piloto, un sincero amigo antártico. Parados en ella como sobre una alfombra milagrosa de «Las Mil y una Noches» vimos desfilar bajo nosotros selvas, picachos, lagunas, campos, pueblos y ciudades. Costaba creer que esto no era el sueño que parecía, sino tan grandiosa realidad como la que habíamos vivido en todo nuestro inolvidable viaje.

Recibido 23/05/2012; aceptado 20/10/2012